

LIBROS

Roberto Valencia

PALACIOS, HANGARES Y CUEVAS

Matthew Ball

EL METAVERSO: Y CÓMO LO REVOLUCIONARÁ
TODO

Jaime Rubio Hancock

EL GRAN LIBRO DEL HUMOR ESPAÑOL

Francisco Fuster

JULIO CAMBA. UNA LECCIÓN DE PERIODISMO

Antonio Di Benedetto

ESCRITOS DEL EXILIO. TEXTOS DESDE MADRID
1978-1983

Jhumpa Labiri

EL ATUENDO DE LOS LIBROS

**Francisco Rodríguez Jiménez,
Carmelo Mesa-Lago y Pablo Pardo**

TRUMP. BREVE HISTORIA DE UNA PRESIDENCIA SINGULAR

ENSAYO

La vuelta al mundo en doce museos

por **Bárbara Mingo Costales**



Roberto Valencia
PALACIOS,
HANGARES Y CUEVAS
Madrid, La Navaja Suiza,
2022, 317 pp.

Me he sentido muy acompañada leyendo este libro en el que precisamente el lector acompaña al autor en su visita a una docena de museos europeos. *Palacios, hangares y cuevas*, de Roberto Valencia, publicado hace unas semanas en *La Navaja Suiza*, es a veces un ensayo y a veces una crónica, por adscribirlo a algún género convencional. En cada uno de los capítulos Valencia parte de su visita a un museo para desarrollar –o dejar que se desarrollen en él, a juzgar por el aire deambulatorio

que tienen– algunas impresiones hasta la forma de reflexiones. La compañía que mencionaba es la de una inteligencia penetrante que se levanta sobre la compasión, porque el observador que es Valencia y que se encuentra con cuadros, figurillas, esculturas o pinturas rupestres acaba por reconocer en ellas algo propio, tanto de manera inmediata como a través del paciente ejercicio de intentar desentrañar el mensaje que ocultan. Inteligencia, compasión y atención es lo que ha puesto el autor en su observación de cada museo, y ahora me pregunto cuánto se necesitan las tres cualidades entre sí.

El primer museo que se visita es el Louvre, el más grande del mundo, que Valencia compara a una enciclopedia hasta que se da cuenta de que mientras una enciclopedia “es un fichero que se consulta sentado”, el Louvre “propone una travesía en bote por el lago en que bucean los monstruos”, así de imposible es asimilar tal cantidad y variedad de obras. Esa monstruosidad es la que se consigue al pretender almacenar todo lo existente. Uno salta de la *Victoria de Samotracia* a *La consagración de Napoleón* y a la fuerza su manera de asimilar el

tiempo histórico cambia. El siguiente episodio no parece tener nada que ver (y parte del encanto del libro reside en lo diferentes que son los museos que se recogen en él): es la casa de Ana (Anne) Frank en Ámsterdam. Este es un capítulo muy emocionante. La visita a las despojadas habitaciones en las que durante dos años largos convivieron hacinadas nueve personas, combinada con la lectura del diario en que la adolescente los registró, despierta la admiración del autor. Anne Frank le inspira, a través de las décadas, unas extraordinarias páginas sobre la dignidad de estar vivos, y reconoce en ella, a través de su cuidadosa lectura del diario, a la gran escritora en la que se estaba convirtiendo. No hay un ápice de paternalismo ni de sentimentalismo, sino una enorme admiración y la humildad de empeñarse en comprender acontecimientos intragables, en este caso la barbarie nazi. Y en este capítulo es donde quizá se expongan de manera más clara las intuiciones metafísicas que se desarrollan a lo largo de todo el libro, porque están vinculadas a un museo que tiene que ver con la cotidianidad de la vida (en medio de la guerra).

De aquí pasamos al Museo Oteiza en Alzuza, lo que es un salto natural porque ya nos habíamos detenido en el vacío y los agujeros negros. En unas pocas páginas Valencia expone la convulsión científica y espiritual que definió el siglo xx y cómo las afrontó este hombre “que en su infancia excavaba agujeros en la arena de la playa de su Orio natal y se introducía dentro para procurarse protección”, sencilla imagen con la que Valencia ilustra una vez más, y como hará a lo largo de todo el libro, el vínculo entre lo que el ser humano tiene de animal desamparado y los artificios que ha ideado para protegerse. Y también para divertirse, pues no es todo crujir de dientes en este mundo.

A través del busto de Nefertiti que se conserva en el Neues Museum de Berlín evoca el autor la civilización egipcia y sus fuertes y floridos lazos con la muerte. El tono respetuoso del libro está vetado de humor. Aquí se pregunta, a propósito de los dibujos que cubren los sarcófagos y que “no fueron inscritos para lanzarle un ingenuo guiño a la mirada”, que “¿a qué mirada: a la que profana tumbas para ver dibujos?”. En sus paseos por los museos, Valencia se fija también en el individuo contemporáneo, “atropellados consumidores de simulacros de realidades que no son lo que son, sino que solo lo representan”, en su lugar en el mundo y en su “vicio posmoderno de fotografiar el aire”.

La visita a la cueva de Pair-non-pair nos introduce en el arte paleolítico gracias a una cueva no tan desvirtuada por y para el turismo como otras más famosas, por ejemplo las de Lascaux. Par-non-pair “podría pasar por la residencia de verano de un pequeño clan o una unidad familiar”. Su visita desencadena toda clase de intuiciones sobre la mente de nuestros antepasados y la evolución del arte. Cuando se les descubre una potencia reflexiva, esas intuiciones se desarrollan, y cuando tienen vibración poética el autor nos ofrece su imagen concentrada,

porque hay erudición y hay también poesía en estas páginas. Más adelante visita el Museo Nacional de Historia Natural de Francia, que “no tiene pinta de tanatorio animal sino de orla de fin de curso de las dos civilizaciones que hicieron de nuestros continentes su hogar”; el Museo Egipcio de Turín, vértice de un particular triángulo que atornilla la ciudad a los misterios de lo oculto; el Museo de la Acrópolis (“una especie de museo *gore* de piedra”); la Berlinische Galerie, que alberga la particular vanguardia alemana que tuvo que vérselas con el nazismo; el Museo Serralves y su encanto un poco arcaico (“un museo capitalista anterior al capitalismo salvaje”); el Museo del Prado, donde repara en la familiaridad de los españoles con las imágenes truculentas, y por último el HangarBicocca de Milán, que alberga la obra de Anselm Kiefer y donde relaciona formas contemporáneas de rezar.

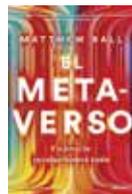
Curioso y enorme mérito el de este libro, que consigue volver a insuflar vida a los vestigios de los muertos que se conservan en ese gigantesco museo en que se ha convertido Europa. —

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. En 2021 publicó *Vilnis* (Caballo de Troya).

ENSAYO

Metaverso: más allá del meme

por **Ricardo Dudda**



Matthew Ball
EL METAVERSO: Y CÓMO
LO REVOLUCIONARÁ
TODO
Traducción de Aurora
González Sanz
Barcelona, Deusto, 2022,
400 pp.

El chiste es fácil. El 11 de octubre de 2022, la cuenta de Twitter de Meta Horizon, la plataforma del metaverso

de Facebook (bueno, ahora la matriz de Facebook se llama Meta) tuiteó: “¡Pronto llegarán las piernas! ¿Te hace ilusión?” A partir de ahora, los avatares del metaverso tendrán piernas. Twitter se llenó de memes sobre la cuestión. El metaverso es, en buena parte del discurso público, un gran meme, no muy distinto al de los NFTs (los token no fungibles) o las bitcoins. También es una *buzzword* en boca de las grandes plataformas tecnológicas. Se ha comparado con una nueva burbuja puntocom; los inversores, por miedo a quedarse atrás, o lo que se ha denominado *fomo* (*fear of missing out*), invierten en proyectos sobre el metaverso sin saber muy bien lo que es (aunque en octubre Meta, que está invirtiendo miles de millones de euros en el metaverso, perdió un 20% de valor, un descenso sin precedentes). Saben que hay dinero y un potencial especulativo y se suben al carro.

El metaverso se ha comparado con juegos como *Second life*, un mundo virtual creado en 2003 en el que los participantes pueden actuar como en el mundo real; la plataforma sufrió un bajón de usuarios y reputación que no pudo recuperar. También se ha asociado a la realidad virtual, productos como las gafas Oculus y demás, y con videojuegos online como Roblox, Minecraft o Fortnite, que permiten la creación de mundos en su interior y la interacción entre cientos de personas. Según Matthew Ball, que es asesor financiero experto en el sector tecnológico, pero también un ensayista profundo y riguroso, el metaverso es todo esto y al mismo tiempo no tiene nada que ver. Sus palabras están fundamentadas en datos, análisis de mercado, reflexiones sobre el futuro de la computación y el hardware e incluso debates metafísicos sobre qué es una identidad online.

En julio de 2021, Mark Zuckerberg anunció que Facebook dejaría de considerarse una empresa de *social media* y pasaría a ser una empresa de metaverso. En octubre de ese año, Facebook

pasó a llamarse Meta Platforms y el jefe de Facebook Reality Labs, la división de la compañía que supervisa cuestiones como la realidad virtual (VR) y la realidad aumentada (AR), pasó a ser el CTO, o *chief technology officer*. Para Ball, este cambio es clave. Siempre ha habido conceptos o modas que han surgido y muerto antes de que puedan materializarse en productos o avances en el mercado. Pero nunca antes una de las empresas con mayor capitalización del mundo dio un cambio tan radical. Puede haber *fomo*, *animal spirits*, gente subiéndose a la moda, pero hay algo real detrás.

Ball dice que el metaverso de momento es solo una teoría, una idea intangible, no un producto que podemos tocar. Sin embargo, se anima a dar una definición orientativa. Es “una red masiva e interoperable de mundos virtuales 3D renderizados en tiempo real que pueden ser experimentados de forma sincrónica y persistente por un número efectivamente ilimitado de usuarios con un sentido de presencia individual, y con continuidad de datos, como identidad, historia, derechos, objetos, comunicaciones y pagos”. El libro va desgranando cada punto. 1) Sí, será en 3D, en mundos virtuales, aunque eso no es sinónimo de gafas virtuales. 2) La renderización es en tiempo real. En el metaverso, el mundo virtual se irá creando sobre la marcha, respondiendo a nuestros movimientos y acciones. 3) Será “interoperable”: como dice Ball, “el metaverso debe hacer que, dondequiera que vaya un usuario o lo que decida hacer, sus logros, su historial e incluso sus finanzas sean reconocidos en multitud de mundos virtuales, así como en el real”. 4) La escala es masiva; el metaverso no es una red social concreta, es un nuevo internet. 5) Es “persistente”: al contrario que los videojuegos, que se reinician o se alteran o “terminan”, el metaverso es permanente, y si hemos obtenido algo en uno de sus mundos no desaparecerá igual que nuestras

notas de la universidad no desaparecen en el mundo real. 6) Está todo sincronizado y hay continuidad: todos podemos vivir la misma experiencia. “El metaverso solo se convertirá en el metaverso”, dice Ball, “si puede soportar un gran número de usuarios que experimenten el mismo evento al mismo tiempo y en el mismo lugar, sin hacer concesiones sustanciales en cuanto a la funcionalidad del usuario, la interactividad del mundo, la persistencia, la calidad de la representación, etc.”.

La teoría es esa. La práctica tiene varias limitaciones. En primer lugar, computacionales. No solo no tenemos los ordenadores capaces de renderizar mundos sincronizados con nula latencia (básicamente, sin que se congele la imagen); ¿qué dispositivos podrán mostrar esos mundos? De momento muy pocos. Hay una gran brecha entre lo que podemos hacer y su comercialización o *democratización*: hay gafas virtuales que nos acercan al metaverso, pero son tan caras que apenas tienen usuarios. Y sin una cantidad enorme de usuarios no existe el metaverso. Por eso también hace falta que todo el mundo tenga conexiones de internet muy potentes, algo que todavía no existe en muchas partes del mundo. En segundo lugar, hay limitaciones empresariales. El metaverso que imagina Ball es democrático, no jerárquico, quizá un poco idealista, como eran idealistas los primeros fundadores de internet. Por eso piensa que la tecnología blockchain (básicamente una red descentralizada de validadores; se asocia al bitcoin y a las transacciones económicas pero en general es una manera de descentralizar todo tipo de intercambio de datos para garantizar su seguridad, sin depender de una entidad central) es clave. Pero de momento el metaverso está dominado por las grandes plataformas tecnológicas, el oligopolio formado por Alphabet (matriz de Google), Meta Platforms (antes Facebook), Microsoft y Apple.

El metaverso que están promoviendo estas empresas es un metaverso corporativo, “promovido y construido por empresas privadas, con el propósito explícito de comerciar, recopilar datos, hacer publicidad y vender productos virtuales”. Ball dedica muchas páginas a lo largo del libro a explicar cómo las grandes plataformas han construido en los últimos años un internet muy cerrado, “agrupando a la fuerza sus numerosos servicios, impidiendo a los usuarios y desarrolladores exportar fácilmente sus propios datos, cerrando varios programas de socios y obstaculizando (si no bloqueando directamente) los estándares abiertos y con fines de lucro que podrían amenazar su hegemonía”.

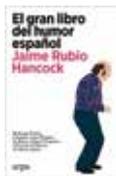
La tercera limitación es su utilidad: quienes defienden el metaverso creen que revolucionará todo, que los doctores practicarán en el metaverso y los profesores darán clase en el metaverso y uno hará todo en el metaverso. Son observaciones que recuerdan a los inicios de las redes sociales: nos unirán, reinará la armonía, y luego resultó que no, que incluso fueron nocivas para el discurso público y la democracia. Es posible que el metaverso, si llega a desarrollarse, acabe siendo un internet más *gamificado*; internet como un gran videojuego.

El metaverso no es hoy más que un proyecto. Hay quienes se suben al carro porque ven dinero fácil y hay quienes ven en estas ideas una oportunidad para un internet mejor. Es el sueño de Richard Hendricks en la serie de HBO *Silicon Valley*: un internet totalmente descentralizado. Es muy posible que el metaverso no llegue a parecerse nunca a eso. Será capturado por intereses estrictamente comerciales o especulativos o simplemente acabará siendo algo decepcionante: ir a comprar al Mercadona en el metaverso. Pero parece obvio que será el próximo internet, tanto si nos gusta como si no. —

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*.

Los orígenes de la carcajada ibérica

por Mercedes Cebrián



Jaime Rubio Hancock
EL GRAN LIBRO DEL
HUMOR ESPAÑOL
Barcelona, Arpa Editores,
2022, 408 pp.

Si en una tormenta de ideas nos piden que mencionemos lo primero que nos venga a la mente sobre humor español, enseguida aparecerán nombres como Gila, Chiquito de la Calzada, Lina Morgan, Tip y Coll, pero también los humoristas de la llamada “Otra generación del 27”, La Trinca y algunos menos refinados como Arévalo. No sé usted, pero yo llevo años esperando un libro que ponga un poco de orden en todo ese torbellino de nombres y tendencias humorísticas producidas en España en los siglos xx y xxi, en formatos diversos como el televisivo, el gráfico o el teatral. Ese libro soñado tendría vocación de atlas y de enciclopedia, pues incluiría listas y clasificaría el humor español, si es que tal cosa existe, en diversas categorías similares a las que estableció Linneo en la botánica. El libro, además, abriría las mentes de todos los que amamos el arte de la comedia, pues nos ayudaría a pensar sobre algo tan emocional y difícil de trinchar como es el humor nacional.

Para no ser acusada de pedirle demasiado a los libros –que equivale a pedirselo a los seres humanos, sus autores–, por el momento me conformo con el que acaba de publicar el periodista Jaime Rubio Hancock, que en sus cuatrocientas páginas recorre los últimos cien años de la historia de la comedia en España. Que Chiquito de la Calzada aparezca en su portada es ya esperanzador, y mejor se ponen

las cosas al ver de nuevo al humorista malagueño haciendo sus característicos aspavientos en ese “cine de dedo” que surge milagrosamente en el extremo derecho de las páginas al pasarlas rápidamente con el pulgar, un sutil detalle editorial de lo más coherente con el contenido del libro.

En las primeras páginas de este ensayo, Rubio Hancock nos aclara que prefiere hablar de “humor hecho en España” mejor que de humor español, y al suprimir esta última categoría, está también suprimiendo cualquier atisbo de humor nacional, pero se hace cargo de ello pues, tras repasar algunas teorías que inscriben lo humorístico como un fenómeno universal –todos nos reímos de incongruencias, de lo que rompe nuestras expectativas–, Rubio añade que el humor es una construcción cultural que depende, en parte, de referencias y códigos compartidos. Esto nos lleva a concebirlo como una experiencia comunitaria, a menudo de comunidades imaginadas tan específicas como la clase de tercero de carrera en la facultad de derecho, sin ir más lejos, pues solo ellos entenderían ciertos chistes. Toda broma, como vemos, es de algún modo una broma privada.

Los capítulos del libro tienen títulos tan sugerentes como “Todos contra el hijo de la Tomasa”, “El ciclo murciano del humor” o “¿Todos los humoristas son de izquierdas?”, y encierran reflexiones sobre subtemas de lo risible que han generado titulares de prensa en varias ocasiones, incluyendo los más en boga en estos tiempos de cancelaciones y de debates constantes acerca de los límites del humor.

Si buscábamos un apartado extenso acerca de los humoristas españoles de las vanguardias –Gómez de la Serna, Jardiel Poncela, Edgar Neville y muchos otros–, este ensayo no nos decepcionará. Y para datar los orígenes del estilo cómico de Joaquín Reyes y su grupo, es decir, del humor chanante, Rubio Hancock nos lleva

directos a obras como *Total* (1983) y *Amanece que no es poco* (1989), los dos largometrajes absurdamente maravillosos de José Luis Cuerda, una de las principales influencias de Reyes, confesada por él mismo.

Por el extenso libro siguen desfilando Berlanga, Santiago Segura, Mortadelo y Filemón, Superlópez y otros creadores y personajes que han aligerado nuestro paso por la infancia y la vida adulta. El libro es ante todo descriptivo –la descripción es una buena forma de análisis, decía un profesor mío al que respeto–, pero también contiene bastantes ideas y cuestiones que nos ayudarán a crear posibles constelaciones humorísticas.

El gran libro del humor español está emparentado con la exposición *Humor absurdo* que se pudo ver en 2020 –covid mediante– en el Museo Centro de Arte 2 de Mayo de Móstoles y cuyo catálogo, publicado por Astiberri, está lleno de rarezas tanto gráficas como textuales. Comisariada por Mery Cuesta, la muestra buscaba una perspectiva generacional, es decir, una revisión del discurso sobre la producción humorística en España por parte de los nacidos en los años setenta del siglo xx que no se detuviese en el análisis de los humoristas de *La Codorniz*.

Otro libro de talante más internacionalista pero escrito con la perspectiva de una mente española –de nuevo, si es que tal cosa existe– es el volumen colectivo *Una risa nueva* (Lengua de Trapo, 2018) editado por Jordi Costa. En este libro se exploran conceptos como el de poshumor, que tanta relevancia tiene en la comedia actual, esa que no provoca risotadas, sino que te deja con un extraño sabor de boca.

Otro excelente ensayo sobre humor que abarca Occidente entero en diversas épocas, y que está a dos pasos de convertirse en un libro de cabecera sobre filosofía de la comedia, es *La risa canibal* (Alpha Decay, 2021) de Andrés Barba. Por sus capítulos se pasean Chaplin, Cantinflas, Sacha Baron

Cohen y, por supuesto, los andares espasmódicos de Chiquito, que Barba vincula acertadamente con los del sátiro Benny Hill. También le dedica un capítulo al humor feminista y otro a un tema espinoso y pertinente: el humor sobre religión desde los griegos y los romanos.

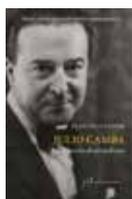
Ahora que ya tenemos estos primeros ensayos con los que dialogar y a los que reprochar tal o cual detalle (¿por qué ninguno menciona la figura del gracioso en el teatro del Siglo de Oro?), sigo echando de menos ese idealizado estudio amplísimo, casi exhaustivo, sobre el humor en lengua castellana, quizá elaborado por filósofos, sociólogos y antropólogos, pero al mismo tiempo me pregunto qué espero de ese libro todavía nonato que no sea el destripe de chistes y gags para explicar su funcionamiento. Como ocurre con la poesía, no queremos realmente que nos la expliquen: preferimos permanecer en ella. Mientras seguimos soñando con ese ensayo que quizá nunca nadie escriba, tenemos unas cuantas buenas herramientas para seguir pensando sobre la risa contemporánea en estas latitudes. —

MERCEDES CEBRIÁN es escritora. En 2022 publicó *Cocido y violonchelo* (Literatura Random House).

BIOGRAFÍA

Camba, el mejor articulista

por **Eduardo Moga**



Francisco Fuster
JULIO CAMBA. UNA LECCIÓN DE PERIODISMO
 Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2022, 200 pp.

Julio Camba, dijo Josep Pla en 1975, es “el mejor escritor de artículos de este país”. Pese a la precisión con que

Pla lo decía —o lo escribía— todo, me atrevo a discutir su afirmación. En mi opinión, le sobra “de artículos”. Los escritores son piezas enteras. La excelencia en cualquiera de las facetas que cultiven irradia toda su personalidad. Francisco Fuster, autor de esta elegante biografía de Camba —cuya frase final es la primera de este artículo—, cree que el autor de *La casa de Lúculo* está lejos de ser leído hoy como debería, y puede que cerca del olvido. Si es así, hay que lamentarse, porque Camba tendría que ser objeto de lectura, estudio y disfrute en todas las facultades de letras y escuelas de escritura del mundo hispánico, junto con González-Ruano, Cunqueiro, Pla, Ignacio Aldecoa, Umbral, Millás y Joaquín Vidal. Su prosa es una de las más agudas que se haya escrito en español en el siglo xx. Su rasgo principal, que harían bien en emular cuantos manejan el idioma como herramienta de persuasión, es la ausencia total de superfluidad. En los artículos de Camba no hay redundancias —salvo las que se permite con un fin expresivo, casi siempre para dar cauce a la ironía—, circunloquios, anfibologías, adjetivos sobrantes o imágenes que chapoteen entre palabras, como si no acabaran de encontrar la forma exacta de manifestarse; y ambigüedades, solo las justas, cuando así lo decide el escritor, para garantizar la textura literaria de lo dicho. Camba siempre dice lo que quiere decir de la forma más lúcida y desnuda posible, sin merma de su lustre formal ni su acuidad intelectual. Para ello se sirve de un castellano minucioso y sensato, con el que plasma una singular habilidad para el razonamiento inductivo, esto es, para extraer, a partir de la observación de ejemplos concretos, conclusiones o leyes de carácter general, y regado siempre de paradojas, que son el cimiento de su función irónica, de su escrutinio desapegado y hasta un tanto cínico de la realidad. Como Chesterton, como Cioran (ambos opuestos en el tono: el inglés, jovial, pero en el fondo

triste; el rumano, tenebroso, pero pese a ello alegre), Camba mantiene encendida la llama de la antítesis iluminadora, aunque enunciada con cachaza galaica, con la despreocupación —y, a veces, con el aparente desinterés— de quien está en eso del articulismo —y de la literatura— por casualidad, o incluso a su pesar, pero no obstante lo ejecuta con frialdad profesional, con rigor ajeno a inadecuadas implicaciones emocionales.

Aunque Julio Camba implicaciones emocionales tuvo muchas a lo largo de su vida (si bien no sentimentales: no se casó nunca, ni tuvo hijos, ni se le conocen relaciones estables con personas de uno u otro sexo). Nació en 1884 en Villanueva de Arosa, en el seno de una familia acomodada. Pero, urgido por unas inquietudes intelectuales y políticas para las que no encontraba satisfacción en aquella comarca arrinconada y poco estimulante de un país en decadencia, se decidió a hacer lo que hacían tantos paisanos suyos y emigró —de polizón en un barco— a la Argentina, donde apenas vivió un año y medio, mezclado con los anarquistas porteños, dando clases nocturnas, redactando panfletos y colaborando con un periódico llamado nada menos que *La Protesta Humana*. Su participación en una huelga a finales de 1902 le comportó la expulsión del país. En España, publica un artículo sobre el amor libre (por el que el obispo de Santiago excomulgó al semanario donde había aparecido), colabora con revistas que defienden el ideal libertario, como *Tiempo y Libertad*, y hasta funda un semanario “revolucionario”, *El Rebelde*, que tuvo una corta vida, pero que le permitió a Camba acrecentar su prestigio entre la izquierda española: fue detenido catorce veces en poco más de un año por “delitos de imprenta”, algunos de los cuales le fueron imputados por jalear los magnicidios de Antonio Maura y Antonio Cánovas del Castillo (también sería llamado a declarar en el caso de Mateo Morral,

el anarquista que había intentado asesinar a Alfonso XIII el día de su boda).

La felicidad de su pluma, no obstante, despierta el interés de medios más acomodados —y menos levantiscos—, que le ofrecen colaboraciones. En 1907 abandona su credo anarquista y se incorpora a un diario monárquico, *El Mundo*, desde el que iniciará una carrera de cronista y corresponsal en los mayores y más conservadores periódicos españoles, como *El Sol* y *ABC*, en el último de los cuales escribirá hasta su muerte. Camba experimenta, así, la clásica (clásica por lo repetida, no por su ejemplaridad) evolución ideológica: del radicalismo juvenil al conservadurismo más tenaz —que él disimuló, en sus últimas décadas, de liberalismo vagamente crítico con el Régimen—, pasando por el abrazo decidido al levantamiento militar del 36 y la dictadura instaurada por el general Franco. Fuster aventura, con razones atendibles, que el motivo de su desafección por la República no fue tanto político como material: Camba no recibió el cargo diplomático que esperaba de las nuevas autoridades republicanas, y que sí se les concedió a otros intelectuales y escritores, muchos de ellos amigos suyos y compañeros de generación —Pérez de Ayala, Madariaga, Marañón, Ortega y Gasset, Azorín, Unamuno—, y se sintió asimismo abandonado por estos. En el *ABC de Sevilla* publica desde mediados de 1937 artículos acerbos contra la República, otros ferozmente anticomunistas, alguno hasta antisemita y, el 11 de enero de 1938, con el título de “El tabú”, un panegírico de Franco: “¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!... Una de las cosas que mejor demuestran la limpieza de nuestra vida pública es esta claridad con que pronunciamos todos el nombre del Caudillo. Franco. Francisco Franco Bahamonde. ¡Saludo a Franco! ¡Viva Franco!” Los escritores tan dotados como Camba están siempre al borde, si no los contiene un freno moral que deben haberse procurado y no dejar

de cultivar, de poner sus privilegiados recursos al servicio de la iniquidad. Y eso hizo Julio Camba no solo con la eclosión del fascismo hispano, sino con artículos tan característicos de su paradójica pluma como aberrantes, como “En defensa del analfabetismo”, publicado en *ABC* y fechado en Nueva York el 17 de junio de 1931, donde escribe: “El analfabetismo, como causa de atraso y de barbarie, es una superstición de nuestras izquierdas. [...] en España solo los analfabetos conservan íntegra la inteligencia...”

El triunfo de los suyos en la Guerra Civil le supuso a Camba la tranquilidad definitiva —siguió colaborando en los mejores periódicos del país (y también en *Arriba*, de la Falange), aunque a menudo lo hacía con *refritos*, y publicando recopilaciones de sus artículos; y obtuvo diversos reconocimientos, aunque no quiso entrar en la Academia, alegando que él no necesitaba un sillón en la docta casa, sino un piso, y que eso no se lo iban a dar los académicos—, pero también el principio de su decadencia literaria. Su trabajo más brillante, con sus viajes por el mundo y sus legendarias corresponsalías en Estambul, París, Londres, Roma, Berlín y Nueva York, había muerto con el conflicto, y, salvo alguna excepción, Camba se limitó a sobrevivir; en buena medida, a sobrevivirse a sí mismo: a su figura de cronista certero, luminoso y cosmopolita, y a escritor de humor fino y retranca acreditada. La metáfora de este encierro en sí mismo, sin apenas obra encomiable ni trabajo innovador, es su encierro en el hotel Palace de Madrid, en el que vive desde 1949 hasta su muerte en 1962. Allí pasa el tiempo acosado, atendiendo el teléfono con una visera de oficinista y leyendo novelas policíacas en inglés.

Francisco Fuster ha escrito una biografía óptima de Julio Camba —merecedora del Premio Antonio Domínguez Ortiz de Biografías 2022—, en la que mezcla con tino los aspectos periodísticos, literarios,

estilísticos y personales del biografiado. No empece la objetividad con que trata los asuntos que se apropie, en ocasiones, del procedimiento expresivo preferido de Camba: la paradoja. Al describir el despacho de este en la única vivienda estable que tuvo en su vida, en la calle Menéndez y Pelayo de Madrid, dice: “Es el despacho de un escritor al que, sin embargo, le gusta escribir en cualquier lugar, menos en el despacho.” —

EDUARDO MOGA es poeta y crítico literario. En 2021 publicó *Diarios de viaje* (Eolas) y *Tú no morirás* (Pre-Textos).

PERIODISMO

La fascinación cosmopolita

por Enrique Schumkler



Antonio Di Benedetto
 ESCRITOS DEL EXILIO.
 TEXTOS DESDE
 MADRID 1978-1983
 Buenos Aires, Adriana
 Hidalgo, 2022, 680 pp.

Nacido en Mendoza en 1922, Antonio Di Benedetto habría cumplido cien años en noviembre pasado. En aquella ciudad enclavada en el desierto cuyoano pasó la mayor parte de sus días hasta el golpe de Estado cívico-militar del 24 de marzo de 1976. Ese mismo día fue secuestrado de la redacción del tradicional diario *Los Andes* —del que era subdirector— por uno de los tantos grupos de tareas que comenzaban a patricular el horror a lo largo y ancho del país persiguiendo, secuestrando y asesinando. Gracias a que algunas personalidades públicas —Borges y Sabato, entre otros— se preocuparon por su suerte fue puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, algo que en aquellos años de desapariciones y asesinatos camuflados de “enfrentamientos” equivalía a obtener un salvoconducto providencial para conservar la vida.

Confinado en el Penal de La Plata hasta 1977, en la soledad del encierro supo que, si bien sus perseguidores habían fracasado en su primer intento, no tardarían en volver a la carga. Eliminarlo, como a otros artistas y escritores, era su objetivo. De manera que sin más alternativa que quedarse en el país y exponerse a una casi segura muerte o irse, ni bien recuperó la libertad, con las pocas pertenencias que aún tenía a mano, partió al exilio.

Di Benedetto llegó a Europa en diciembre de 1977. Luego de pasar por París, se instaló en Madrid hasta 1984, año en que volvió a la Argentina para morir en 1986, a causa de un accidente cerebrovascular. Hasta finales del año pasado, cuando la editorial argentina Adriana Hidalgo publicó *Escritos del exilio. Textos desde Madrid 1978-1983*, se sabía bastante poco de su periodo madrileño. Que esos años incidieron en su visión del mundo y en su poética podía deducirse de sus por momentos estremeceadores *Cuentos del exilio* (1984), el primero de los dos únicos libros que publicó en Argentina antes de morir (junto con la novela *Sombras, nada más...*, de 1985). Pero ¿qué había hecho el autor de *Zama* (1956) durante todos aquellos años? ¿De qué había vivido? Si tomamos por cierta la versión de Roberto Bolaño en el cuento “Sensini”, Di Benedetto en España habría tenido una existencia precaria, de privaciones económicas que apenas alcanzaba a conjurar presentándose compulsivamente a concursos de cuentos.

Este libro editado por Liliana Reales y Mauro Caponi suministra claves de lectura que relativizan esa imagen. Es cierto que el primer año en Europa fue difícil para él, y que recién comenzó a amoldarse a su nueva vida cuando consiguió un trabajo bastante regular como colaborador desde el extranjero del diario *Clarín* de Buenos Aires. Sin embargo, todo pareció mejorar hacia 1978, cuando fue designado presidente del Consejo de Redacción de la revista *Consulta Semanal*, por entonces una de las publicaciones médicas

más importantes de Madrid, que contaba con el apoyo publicitario de importantes compañías farmacéuticas. Además de las dedicadas a temas exclusivamente científicos, la revista contaba con una sección de temas culturales en la que se reseñaban libros, se comentaban estrenos cinematográficos y teatrales y se daba cuenta del floreciente mundo cultural español en los años de la transición. En esa sección Di Benedetto publicó, firmados con nombre propio o con seudónimo, una importante cantidad de textos. La antología recupera la totalidad de los firmados con su nombre y una buena cantidad de los firmados con sus seudónimos más frecuentes: Ben Simple y Greco, entre ellos. También otros textos publicados en el diario *El País* y la revista *Arteguía*, ambos de Madrid.

Escritos del exilio. Textos desde Madrid 1978-1983 corrobora aquello que Theodor W. Adorno escribió en *Minima moralia*: que el único hogar posible del escritor exiliado es la escritura. El que Di Benedetto habitó durante su destierro español tenía varios ambientes, un salón en el que se ocupaba preferentemente de la literatura latinoamericana y española contemporáneas y una gran galería cautivada por reflexiones sobre algunos de los movimientos y los artistas más revulsivos de la vanguardia europea de entreguerras. Por sus pasillos la huella de su prosa sin estridencias invita a volver a pensar la obra de Borges en la intimidad de una visita relámpago a Madrid o detenerse en el talento como ilustrador de Dalí cuando este se entrega al genio de otros (Boccaccio, Cervantes, Lautréamont, Sacher-Masoch, etc.). Pero la morada de la escritura es elástica. La avidez por la novedad que impera en el periodismo, incluso en el que se practicaba en una revista médica como la que Di Benedetto dirigía, también lo llevaba a las butacas del cine o del teatro. Cronista perspicaz, Di Benedetto se deja sorprender en estas páginas, con

el criterio de un espectador claramente cosmopolita, tanto por la última película de Pier Paolo Pasolini estrenada en España (*Pajaritos y pajarracos*) como por una retrospectiva sobre Fassbinder o la paranormalidad industrial de *Poltergeist* de Spielberg. —

ENRIQUE SCHMUKLER es doctor en letras por la Universidad de París 8. Coordinó y editó, junto a Maya González Roux, el volumen colectivo *Seis formas de amar a Barthes* (Capital Intelectual, 2015).

ENSAYO

El libro al desnudo

por Didí Gutiérrez



Jhumpa Lahiri
EL ATUENDO
DE LOS LIBROS
Querétaro, Gris
Tormenta, 2022, 100 pp.

La editorial inglesa Wordsworth Editions encabeza siempre las listas de las peores portadas. Surgida a finales de los años ochenta, ofrece los libros de su colección de clásicos, en un precio de 2,99 libras esterlinas, unos 3,50 euros, bajo el lema de “la mayor calidad al menor precio”. Y nadie duda del valor de las obras que publican, *El retrato de Dorian Gray*, *Orgullo y prejuicio*, 1984, pero los editores se han tomado en sentido literal ese dicho popular de que un libro no debe juzgarse por su cubierta, pues las suyas ejemplifican la impericia en el uso del Photoshop, parecen mal retocadas. Eso o son *collages* involuntarios. Desconcierta en la primera de forros de *La edad de la inocencia*, de Edith Wharton, el estilo realista del atuendo de época que portan la condesa Olenska, su prima May y el prometido de esta, Newland, cuyos rostros más bien caricaturescos recuerdan a los de Michelle Pfeiffer, Winona Ryder y Daniel Day-Lewis, quienes

protagonizaron la adaptación en película, realizada por Martin Scorsese en 1993.

En redes sociales circuló, a principios de la pandemia, una imagen en la que aparece la periodista y conductora de televisión Pati Chapoy y la cita de lo que dice acerca de la ya mencionada obra de Jane Austen. Se compararía como meme, pero en realidad era una foto de la cuarta de forros del libro coeditado por Porrúa y TV Azteca, y que forma parte de una colección de trece títulos clásicos, con comentarios de contraportada de personajes de la farándula. No es que estas obras literarias, por sí solas, sean imanes de los famosos, sino que los derechos patrimoniales, que hace más de cien años pertenecían a sus autores y después a sus herederos, ahora son del dominio público y eso las ha puesto al alcance de cualquiera que desee publicarlas sin pedir permiso a nadie ni pagar nada a cambio. Entonces las editoriales aprovechan esta oportunidad, con resultados a veces inesperados.

Esto tampoco mejora cuando los autores están vivos y pudieran quejarse de la presentación física de sus libros si fuera el caso. O al menos ese es el escenario que plantea la escritora indobritánica-estadounidense Jhumpa Lahiri en *El atuendo de los libros*, una reflexión personalísima sobre la importancia de las portadas para la primera impresión, esa valoración que emitimos rápidamente, a partir de criterios superficiales como el aspecto del objeto y que se produce con un solo vistazo. Escrito originalmente en italiano como discurso inaugural de un festival literario en Florencia, aparece ahora en español en una de las pocas colecciones mexicanas sobre libros, junto a las del FCE y la UNAM. En el prólogo, Carla Faesler trae de vuelta la idea de teóricos literarios, como Barthes, Foucault y Eco, de que el libro, una vez impreso o publicado, deja de pertenecer a quien lo escribió; eso sí, dice, “en textos firmados (por ellos mismos), cómo no”. En la misma línea, Lahiri cuestiona los límites de la

autoría, no respecto a las palabras sino a la de la materialidad de sus propios libros: como autora, asegura, nunca ha tenido la oportunidad de hablar con los diseñadores de sus cubiertas.

Pese a haber nacido en Londres, de padres bengalíes, y haberse criado en Estados Unidos, su nombre y aspecto hicieron toda la diferencia. Mientras su madre se empeñaba en que usara la vestimenta tradicional india, Lahiri buscaba parecerse a las demás niñas de la escuela para pasar inadvertida y evitar las burlas. Cuando empezó a publicar libros, revivió esa angustia infantil: algo más que le pertenecía debía ser revestido y presentado al mundo, y ese atuendo no sería, ¡otra vez!, una decisión que ella pudiera tomar. A menudo, la escritora tuvo que enfrentarse a propuestas de portada que estaban llenas de estereotipos orientales, elefantes, flores exóticas, garigoleos de henna, el río Ganges, símbolos religiosos o espirituales, y cuando expresó su inconformidad, le sugirieron, entonces, una bandera estadounidense. En todos esos casos, no supo si reír o llorar. “La cubierta correcta es como un abrigo hermoso, cálido y elegante que envuelve a mis palabras mientras caminan por el mundo para encontrarse con mis lectores.” En español, el envoltorio que protege la tapa dura de un libro se llama “camisa”.

¿Alguna vez hemos comprado un libro únicamente por su portada o nos hemos rehusado a hacerlo por eso mismo? Independientemente de que respondamos sí o no, es probable que por lo general valoremos más el contenido que el exterior. Pero para Lahiri cada uno de sus libros ha representado un capítulo de su vida, ante el cual casi siempre ha quedado descontenta. Y cómo no, si consideramos que la cubierta es donde se conjugan dos lenguajes distintos, el visual y el escrito; además de las ideas del editor, diseñador y autor, cuando bien va. Es complicado que todos queden satisfechos.

Lo ideal sería usar un uniforme, como el que vestían los primos de la

autora en Calcuta, que les confería una identidad específica pero también cierto anonimato. “El uniforme se resiste a la moda, la confusión y la inestabilidad. El uniforme deja al libro desnudo.” Lahiri fantasea con la lectura sin prejuicios de aquellos ejemplares – sin portadas y en un solo color– de la biblioteca de su padre, en los que solo se consignaban el título, el autor y la clasificación. Hoy en día, la relación lector-libro está mediada por muchos distractores: “Los libros desnudos han dejado de existir.” Lo más cercano serían las colecciones editoriales, cuyos ejemplares tienen un distintivo, pero a la vez son homogéneos. Su valor, dice Lahiri, reside en la constancia.

Un libro como este –sobre un tema tan inusual y desde una aproximación intimista– conduce inevitablemente al lector a comparar sus propias experiencias con las de la autora, ya sea para concordar o disentir. Las librerías de su casa, asegura Lahiri, muestran los libros de frente y no de perfil, como es más usual colocarlos, y no se trata de ejemplares de su autoría sino de libros ajenos que le gustan, como podrían ser los de bolsillo de la editorial Anchor, con cubiertas de Edward Gorey. El efecto que esto produce en la gente que la visita es que no puede dejar de verlos. Este pasaje me lleva a dos ideas: primero, lo poco práctico que resulta acomodar los libros de ese modo, a menos que uno tenga muebles gigantescos, y, segundo, que si se trata de llamar la atención de los lectores entonces las editoriales han ignorado el lomo, la única parte visible del libro tanto en los estantes de una librería como en nuestra biblioteca personal. Quizás, en materia de diseño, habría que cambiar de lugar las expectativas, en un afán de equilibrar la desigualdad entre la enorme cantidad de libros que se publican cada año y los que realmente se leen. —

DIDÍ GUTIÉRREZ es directora editorial del fanzine sobre moda y humor *Pinche Chica Chic* y editora independiente. En 2021 *Paraíso Perdido* publicó su primer libro, *Las Elegantes*.

Una radiografía del trumpismo

por **Armando Chaguaceda**



Francisco Rodríguez Jiménez, Carmelo Mesa-Lago y Pablo Pardo
TRUMP. BREVE HISTORIA DE UNA PRESIDENCIA SINGULAR
 Granada, Comares, 2022, 204 pp.

Conforme el empresario Donald Trump, convertido en el 45° presidente de Estados Unidos, devino fenómeno mediático, las pasiones desatadas se viralizaron. Sus defensores —provenientes de clase trabajadora blanca empobrecida, *businessmen* descontentos con la democracia liberal y algunos intelectuales conservadores en deriva reaccionaria— llegaron a calificarlo como un campeón de la libertad. Sus adversarios —clases medias, minorías y buena parte de las élites ilustradas de Occidente— lo etiquetaron como un fascista de nuevo cuño. Pero, como han alertado varios autores,* los autoritarismos contemporáneos asumen diversos ropajes, por lo que es aconsejable evitar la simplificación ideológica y abrirnos a la diversidad de trayectorias y genealogías.

Trump. Breve historia de una presidencia singular viene a superar esa lógica binaria. Desde una perspectiva analítica y política abiertamente cívica, crítica con el personaje (y con el fenómeno llamado trumpismo, estructurado en torno suyo), el economista Carmelo Mesa-Lago, el historiador

Francisco Rodríguez Jiménez y el internacionalista y periodista Pablo Pardo han formado un equipo estelar para escribir una obra magnífica. Con prosa asequible, los autores abordan el objeto desde la multicausalidad de cualquier fenómeno histórico, condensando una historia breve de los antecedentes familiares —incluidos su origen inmigrante, episodios racistas y voracidad capitalista de su padre— y rasgos personales de Trump, así como su carrera empresarial y política. El libro además aporta un balance de la presidencia de Trump, sólidamente sustentado en fuentes bibliográficas, hemerográficas y entrevistas a personalidades.

Para comprender el fenómeno Trump, los autores nos invitan a revisar el contexto sociocultural previo. La crisis económica global de 2008, el auge de la inmigración y el miedo al terrorismo desencadenaron en Estados Unidos una reacción de desconfianza hacia la política tradicional, sustentada en el deterioro socioeconómico de millones de estadounidenses blancos de clase media baja, con bajo nivel educativo y de ingreso. Así, el trumpismo apareció como la expresión norteamericana del deterioro de las preferencias democráticas en todo el Occidente.

Trump sedujo el alma aislacionista de millones de sus compatriotas, con la irrealizable promesa de desconectar a su país de los compromisos geopolíticos y las instituciones globales. Apostando por una suerte de “aislacionismo-militarista” donde se incrementaban los presupuestos de Defensa y Seguridad Interior, mientras se reducían los del Departamento de Estado y las agencias encargadas de la ayuda exterior, medio ambiente, salud y educación. Su lema de campaña, emanado del libro *How to make America great again*, simplificaba el modo en que una superpotencia como Estados Unidos garantiza sus objetivos e intereses en un mundo globalizado del cual se

beneficia. Esto se tradujo en movidas para abandonar esquemas multilaterales (el acuerdo para la lucha contra el cambio climático, el Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Rango Intermedio, el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica) o instituciones como la UNESCO y la OMS.

Sin experiencia previa en ninguna rama de la administración federal —algo inédito—, el estilo de Trump generó problemas de comunicación y coordinación gubernamentales. Alardeando de no preparar las reuniones y leer poca información, la gestión del presidente llevó a que el jefe del gabinete, el secretario de Defensa, el consejero de Seguridad Nacional y el jefe del Estado Mayor Conjunto, entre otros funcionarios, conformasen *ad hoc* un equipo apagafuegos llamado “el eje de los adultos”. El nombramiento de personas como Rex Tillerson, presidente de ExxonMobil al frente del Departamento de Estado, levantó las alarmas incluso dentro del propio Partido Republicano sobre la excesiva desprofesionalización y desmesurada influencia del sector privado en la diplomacia. El nepotismo se expresó con los roles asignados a la hija del presidente Ivanka Trump y su yerno Jared Kushner en diversas misiones en Rusia, Oriente Próximo o México.

La política exterior de Trump, evaluada en la obra, se caracterizó por generar controversias, ante su agenda sobre América Latina y la migración; su actitud complaciente con Arabia Saudí y Putin; el abandono de la solución de dos Estados para el conflicto entre Israel y Palestina; y los roces innecesarios con los aliados democráticos europeos. En una ruptura con la tradición política estadounidense —desde la Segunda Guerra Mundial, desatendió la promoción global de la democracia y los derechos humanos. No obstante, los autores insisten en que Trump fue, pese a sus deseos, más populista verbal que factual. Sus arranques y

*Véase Kurt Weyland, *Assault on democracy. Communism, fascism, and authoritarianism during the interwar years*, Cambridge University Press, 2021, y A. Chaguaceda y L. Duno-Gottberg (coords.), *La derecha como autoritarismo en el siglo XXI*, Buenos Aires, CADAL/Centro de Estudios Constitucionales Iberoamericanos AC/Rice University, 2020.

agenda desinstitucionalizadores no pudieron implementarse cabalmente. El Congreso, el Departamento de Estado, diversos *lobbies*, los medios de comunicación y la sociedad civil movilizada actuaron como frenos de sus peores excesos.

En materia económica, Trump mantuvo tendencias anteriores, incluido el incremento de la desigualdad y de la carga fiscal sobre los trabajadores, el deterioro de las cuentas públicas y la tercerización de la economía. La política económica de Trump se basó en reducir masivamente la presión impositiva sobre las grandes empresas, disparando el déficit público, mientras se recortaban las medidas de seguridad en el trabajo, las regulaciones al sector financiero y las protecciones medioambientales. Con Trump en la Casa Blanca, el PIB creció el 2,5% en promedio entre 2017 y 2019, la misma cifra de los tres primeros años del segundo mandato de Barack Obama.

Su retórica populista, en la práctica, privilegió a las grandes empresas. Si bien los pobres se hicieron algo menos pobres —por la reducción del desempleo— la distancia entre ricos y pobres aumentó. Como destacan los autores, la mejoría de los sectores menos educados de la población fue coyuntural y se revirtió tan pronto como llegó la covid-19 y desencadenó una recesión. Hoy la capacidad de la población con menos estudios para encontrar trabajos mínimamente remunerados sigue desplomándose, en un proceso acelerado por una automatización que golpea a los empleos de baja cualificación.

En materia de economía política, el trumpismo ha reproducido viejas lógicas aparentemente ajenas al espíritu de Estados Unidos como el patrimonialismo y el mercantilismo. El entrelazamiento de los intereses políticos y empresariales, una constante en la carrera como empresario de Trump, se extendió durante su periodo como jefe del Estado

y del gobierno. Trump no puso sus intereses económicos en un “fideicomiso ciego”, separando sus actividades privadas de su cargo público. La actitud transaccional, transformada en política pública, se evidenció en la confusión entre el Estado (el regulador), el político y la empresa. La idea de que un país debe exportar más de lo que importa, en una economía globalizada como la norteamericana, tuvo un (poco realizable) talante mercantilista.

Sin embargo, las políticas de Trump en materia comercial y hacia China van a ser legados duraderos e importantes. Aunque con un sesgo más multilateralista, Biden ha mantenido los aranceles al acero y al aluminio de la Unión Europea, y ha logrado que las capitales europeas endurezcan sus políticas hacia Rusia y China. Muchos países occidentales comparten el temor de Trump a que un sistema autoritario como China pudiera llegar a controlar la tecnología 5G a través de empresas como Huawei.

Los autores también analizan el terrible impacto de la covid-19. Trump ignoró las propuestas del Consejo Nacional de Seguridad (CNS) sobre cómo afrontar una pandemia, demorando dos meses la adopción de medidas. Al estilo de otros populistas —como los presidentes de México y Brasil, Andrés Manuel López Obrador y Jair Bolsonaro—, desoyó la utilidad de la mascarilla y apareció sin cubrebocas en televisión, rodeado de asesores y aliados, mientras recomendaba el uso de supuestos químicos milagrosos. Ordenó que los hospitales dejaran de informar sobre el número de casos y muertes a los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades (CDC) y pasaran directamente esa información a la secretaria de Salud, una incondicional del presidente. Y llegó al extremo de culpar a los medios de comunicación y a los demócratas de exagerar el peligro.

Bajo la presidencia de Donald Trump, el Congreso aprobó dos paquetes de rescate económico. La mayor ayuda se otorgó a las grandes corporaciones: el propio presidente y su yerno se habrían beneficiado del primer paquete de rescate que concedió retroactivamente recortes de impuestos pagados antes de la covid-19 a magnates de desarrollos inmobiliarios. Sin embargo, los afroamericanos e hispanos se beneficiaron menos de los paquetes de rescate, padecieron tres veces la probabilidad de infectarse por el virus que los blancos y vieron duplicada su probabilidad de morir. Entre los pobres se incrementó la desnutrición y los afroamericanos padecieron el doble de inseguridad alimenticia que los blancos.

Los autores reconocen que, dentro del nuevo escenario sociopolítico de Estados Unidos, se ha consolidado un cambio identitario iniciado hace poco más de medio siglo. En Estados Unidos continúan las desigualdades de ingresos y educación, la división entre zonas urbanas y las rurales, la tensión entre los blancos y las otras etnias, el enfrentamiento entre creyentes y laicos. Cuestiones como el nivel económico son mucho menos relevantes que la cultura o la identidad. Una parte considerable de los votantes de los dos partidos ven a sus oponentes como enemigos, con un grado de radicalización mayor entre los republicanos.

En este panorama, los republicanos apelan, con ventaja, a una coalición más homogénea de personas de raza blanca, con convicciones religiosas profundas y convencidas de que el sistema sociopolítico estadounidense está en peligro por el multiculturalismo y los inmigrantes. Como alertan los autores, los factores que generaron el trumpismo continúan vivos. —

ARMANDO CHAGUACEDA es politólogo e historiador, especializado en el estudio de la democracia y los autoritarismos en Latinoamérica y Rusia.